

nir. Lucha y vive. No te odio. ¿Por qué había de odiarte, si no era para ti? El pasado ha muerto.»

Tales frases, que al principio, en los preliminares de las bodas con María Luisa, fueran para el novelista un aliento, entrañaban ahora la más cruel ironía. El pasado no había muerto, no; él le sentía vivir en su alma, que aun conservaba vestigios de amor por el arte después de la profanación, cuando las vulgares exigencias del santo estado barrieron el ansia de ideal. Bajo la dura corteza del hombre de negocios, del periodista mercader, aun bullía savia de juventud. En la soledad de su existencia, en medio de aquella opulenta familia que era la suya, y dentro de la cual, sin embargo, considerábase como un intruso, hubo de reverdecer aquel viejo amor, el de sus tiernos años, el único, el último.

¿No había muerto, no! ¿Por qué? ¿Acaso las ilusiones pueden enterrarse? Y Mauricio Villaescusa, en el silencio de su mansión, convencido al cabo de la amarga verdad que encerrasen las últimas palabras de la amante, experimentaba ansia de resucitar los brumosos días idos, un invencible deseo de recomenzar la vida de antaño.

Largas horas meditó, hundido en el amplio sillón monacal. El péndulo seguía musitando su monótona canción de hastío. Las rubias melenas del poeta inclinado sobre la mesa, en las cuales albeaban con brillo de nieve prematuras canas, esplendían al fulgor del quinqué.

Cuando se levantó, hubo de encaminarse al balcón. Chirriaron las hojas al abrirse, y una bocanada de aire fresco vivificó la estancia.

En Oriente, azulada franja de luz precedía á la aurora.

II

En el lindo hotelito de la calle de Londres reinaban algarabía, confusión y movimiento indecibles aquella mañana de año nuevo. En los corredores atropellábanse los criados, obedeciendo órdenes unos, yendo sin saber adónde los otros. Y desde el jardín, sobre cuyos setos se desparramaba la luminosa caricia del sol, hasta en el último rincón, observábanse el propio desusado ajetreo; las mismas doloridas caras, tan extrañas en aquella casa donde privaron siempre la alegría y el placer; idénticos andares vertiginosos, ciegos, que impulsaban á domésticos y amos hacia un fin que ni ellos sabían. Hallábase la cocina solitaria, sin otro rumor que el producido por el burbujeo del agua que hervía en la estufa y el ronronear del gato que dormitaba en una franja de luz.

—¡Se morirá!—decía la cocinera en el patio, limpiándose con el delantal los lagrimones que asomaban á sus párpados—. ¡Se morirá!

—¡Alma mía! ¡Tan débil el pobrecito! ¿Cree usted, doña Casta, que puedan salvarle? ¡Ni la Virgen que bajara del cielo!—clamaba el aya, con su carucha de mocetona recién llegada del campo, tan fresca y morena, contraída por la pesadumbre.

—¿Y quién tiene la culpa? digo yo.

—Pues la peste. ¡Dicen que hay una mortandad!...

—¡Qué peste, ni qué ojo de hacha!

—¿Entonces?...

—¡Pero, Micaela, sólo usted que es tan niña y tan sin experiencia no comprende! Aunque, ¡ya se ve!, como no tiene ni dos meses de haberse acomodado aquí...

La moza consideróla con un guiño de malicia. ¡Ya sabía lo mal pensada y peor *hablada* que era la señora Casta!

—No, no; no me mire así, hija. Lo digo y lo sostengo. Ese niño se muere de puro descuido, de puro abandono. Ni los nuestros, ni los de los pordioseros de la calle, están como él de desamparados. Nosotras nos sacamos lo que sobra de la comida; regateamos en las compras; *pijoteamos* en los mandados para darles lo que necesitan: y así están ellos tan gordos que es una bendición... Mientras que Luisito... ¡Yo no cambiaría por él al más chico de los míos!

Y ya sin lágrimas, enardecida por la discusión, la jamona prosiguió, cruzándose de brazos:

—Porque, vamos á ver; ¿quién se ocupa aquí del niño? La señora, con sus paseos, con sus *birretes*, con sus amigas, tiene bastante. Apenas si le hace una caricia la muy indina. ¡Y eso sólo cuando le ve bien trajeadito, bien peinado por doña Romualda; que si está *chamagoso y roto* el pobrecillo, ni siquiera le *voltea á ver*... En cuanto al señor, con su periódico, y sus políticas, y ese encierro constante en el despacho, no puede *entenderse* de la criatura. Y que le quiere como á las niñas de sus ojos, ¡más que la madre!, no hay para qué negarlo: se lo come á besos cuando llega y al marcharse, le compra dulces y juguetes, le monta á caballo sobre las piernas... ¡Una mujer, como si fuera una mujer con enaguas, como yo!

—Ya ve usted como no se encuentra tan abandonado como dicen...

La maritornes se indignó.

—Pero, hija de mis culpas, con juguetes no se cuida á un niño, ni el padre puede cuidarle... ¡Ay! Si no fuera por nosotras, esto que está sucediendo habría sucedido ya.

—Sí, sí. ¡Pobre Luisito! ¡Alma mía de mi vida!

—¡Claro! Si esto no es casa, ni familia, ni nada. La señora y el señor no se quieren ni tanto así. Cuando no pelean, maldito el caso que se hacen. ¡Y eso que ella hace su santa voluntad! El niño ha vivido solo, solo, solo... Si la abuela no se lo llevara algunas veces con ella, no tendría más mimos que los del padre, que los

del padre, sí, porque el abuelo, tal baila, como dice el dicho: es un viejo *pirindongo* que anda tras de las mujeres, ahora, á los sesenta años, en vez de meter en un puño á su hija y obligarla á que obedezca al marido...

—Dicen que el señor era pobre...

—Pobre de solemnidad, sí. Pero si se casó por la dote, en el pecado lleva la penitencia. ¿No ve usted cómo lo trata toda la familia? Meramente como á un criado. El no puede disponer del coche, porque lo ocupa la señora; él no puede invitar á comer á sus amigos, porque la señora les hace una grosería (como sucedió hace poco con aquel de las melenas, que gritaba mucho y recitaba versos entre platillo y platillo); él no puede...

Se paró en seco. Allá dentro resonaba un grito estridente, ronco.

—¡Micaela! ¡Micaelaaa!... ¿Pero dónde diablos estás?

La criadita se demudó.

—¡La señora! ¿Ha preparado usted el agua tibia? ¿Ha preparado usted el agua tibia? ¡Dios bendito, se me había olvidado!

Y entraron las dos en la cocina, cachazuda la vieja, despavorida el aya.

—¡Micaelaaa! ¡Micaelaaa!...

—¡Allá voy, señora! ¡Alláaa voy!...

María Luisa apareció en el patio, despeinada, negligentemente vestida, pálida de ira. Tembló la doméstica al verla.

—¿Pero dónde te habías metido? ¡El agua! ¡El agua! ¡Qué servicio y qué poltronería de criados!

Y se fué presurosa, con raudo vuelo de faldas. Su recio taconeó perdióse en el pasillo.

—¡No le haga usted caso! Ahora es cuando le entró la querencia con el niño. ¡Por lo mucho que le va á durar! —gruñó la cocinera, poniendo en manos de la moza, en el cacharro de peltre, el agua hirviente.

Daban las once cuando el doctor Ruelas bajó de su cupé, ante la verja. La señora de Villaescusa y su madre, que había llegado poco antes, quejándose como siempre del reuma, salieron á recibirle al corredor. María Luisa estalló en lágrimas al estrechar su diestra.

—Pero, amiga mía, ¿á qué llorar por anticipado? Supongo que no se tratará de un caso gravísimo...

—¡Ay, doctor; se va á morir!

¡Calma, calma! No había que desesperar por tan poco. La ciencia posee grandes recursos, grandísimos recursos, que estorban la labor del mal, y por lo tanto, la muerte. Y cuando á la ciencia uníase la amistad, como en aquel caso, el peligro era remoto, remotísimo. Sobre todo, que la bella señora no llorase. ¿No miraba que eso la hacía daño?

—Es lo que yo digo—argüía doña Luciana—. Sólo que mi hija ha sido así siempre. Lloro por cualquier cosa, sin pensar en que se descompone el rostro, en que se le hinchan los ojos... ¡Como si Luisín estuviera en artículo de muerte!

Entretanto, el doctor Ruelas seguía prodigando consuelos mezclados de galanterías, mirando compungido las lágrimas que, como perlas líquidas, se deslizaban sobre el odorante cutis de la guapa dama, y apretando sus manos con energía francota de íntimo de la casa. Era un buen mozo, como de treinta años, de finas facciones, que acentuaban aun más los lentes de oro, tras de cuyos cristales relucían un par de ojos escudriñadores, sonrientes, siempre sonrientes. Vestía con refinada elegancia un traje oscuro, y sobre la camisa, de nitidez inmaculada, esplendía el nudo de la corbata, hecho con primor, con verdadero refinamiento de artista. ¡Oh, las corbatas del doctor Ruelas! A ellas debía la aristocrática clientela más que á sus recetas.

—Vamos, María Luisa, vamos; siéntese usted aquí, sin dolor, con ese gesto de bienestar que todos le conocemos, y explíqueme cómo ha sido eso.

Estaban en el pequeño recibidor, luminoso, tibio, tapizado de color claro, con muebles estilo Luis XV y mullida alfombra azul. El doctor se había repantigado á medias en el sillón, recogíendose previamente las extremidades del pantalón y dejando al descubierto sus irreprochables choclos de charol y el arranque de los delgados tobillos, cuya blancura vislumbrábase á través del calado de los calcetines negros. Mientras limpiaba

cuidadosamente sus quevedos, habló María Luisa con voz entrecortada, llevándose á menudo á los párpados el pañuelo.

No sabía, no podía explicarse cómo ocurrió. Luisín había salido la víspera, al atardecer, á la plazoleta próxima, con el aya. Si ella hubiera estado presente, no lo habría permitido, en razón del tiempo lluvioso y frío; pero hallábase de visita en casa de Enriqueta Marín, y no hubo modo de preverlo. Fué lo cierto que al tornar, después de una llovizna que apenas si empapó el asfalto de la calle, encontróse con Luisín que volvía en brazos de la doméstica, mojadas las ropas. Tenía una carita triste. Le cambiaron los vestidos. Por la noche no quiso cenar. Y ahora, por la mañana, al levantarse, ella hubo de encontrarle con fiebre. Tenía fuerte calentura; quejábase de un dolor en la espalda, y una tosecilla seca, al decir de la criada, le impidió dormir. Pero lo grave, lo terrible, era que, á eso de las ocho, esputó sangre.

—¡Oh! Imaginaciones de ustedes...

—No, no, doctor; estoy segura, segurísima... Y dígame—añadió inquieta, con una mirada de horrible temor—, ¿no será pulmonía?

—Pero hija, ¡qué empeño tienes en asustar á una!

El médico vaciló; mas repuso luego, acompañando sus palabras de mundana sonrisa:

—Me parece difícil... En fin, veremos.

Dirigiéronse los tres á continuación al cuarto de Luisín, al cual llegaron luego de atravesar la alcoba matrimonial.

Por la ventana entreabierta penetraba una tenue claridad. En la penumbra, distinguíanse vagamente los objetos. Del rincón opuesto á la entrada brotaba un débil quejido. El doctor se aproximó. En el diminuto lecho yacía el pequeño. Su cuerpecito enclenque desaparecía casi entre los pliegues de las ropas; hundíase su cabeza rubia en la almohada, cuya blancura hacía parecer aun más pálida su faz anémica de viejo.

Cuando el doctor se inclinó sobre él, sonreidor, Luisín le miró suplicante, con una mirada de dolor tan in-

tensa, que se dijera incomprensible en aquel monigote de tres años.

—¿Te sientes mal, chiquitín?

Cerró los ojos sin responder, y con una vocecita débil, anhelante, sofocada, murmuró al cabo:

—Me duele aquí... Me duele mucho...

Luego del reconocimiento preciso para fijar el diagnóstico, y de haber hecho una caricia al enfermito, tornó el doctor Ruelas al recibidor, en el cual recetó, delante de las señoras. En su rostro nada adivinaron éstas: eran la misma fina sonrisa, la misma agradable mirada, las que resplandecían en los ojos y en los labios.

—¡Doctor! ¡Doctor! Dígame usted... — imploró la madre.

—No hay cuidado, señora, no hay cuidado... Veremos, veremos mañana.

Y se marchó con su andar garboso. Afuera, al abrir la portezuela del vehículo que le aguardaba, Mauricio Villaescusa, su grande amigo, hubo de cogerle por el brazo.

—Me han mandado llamar. ¿Qué pasa?

—Sabe y te lo diré.

—No, no, aquí; dímelo aquí.

Veíasele pálido, nervioso, y estrujaba con impaciencia la mano del médico. No titubeó éste. En la sombreada acera hizole la revelación terrible: Luisín estaba enfermo de pulmonía; su estado era grave, dado lo débil de su constitución; había que cuidarle mucho; aunque, ¡quién sabe si...! Mas no concluyó la frase, afirmando al cabo de un instante:

—Pero ¡qué diablo!, se le atenderá. No te apures. Esta tarde volveré. ¡Cuidadito con decir nada á las señoras! Adiós, adiós...

Y se alejó el carruaje por la silenciosa avenida, en tanto que Villaescusa permanecía inmóvil, sin ver, sin oír, cruzado de brazos, aturdido, anonadado por la fuerza brutal del golpe. Muerto el amante en razón de la frialdad de nieve de la esposa, sus afectos habíanse concentrado en el niño, lo único que no le era extraño ni hostil en casa. En sus ratos de desaliento y añoranza

del pasado, quien le consolaba en su nueva vida era el pequeñín risueño y enfermizo, que con un halago de sus manos curase como por ensalmo las abiertas heridas, y con una frase dicha á medias, hiciera asomar la alegría al rostro adusto de su padre. ¡Y Luisín iba á morir! ¡Y él quedaría sólo entre aquella familia á la que nunca, después de amarguísimos desengaños, consideró como propia!

Tembloroso, con la angustia en el semblante, subió los peldaños de la escalerita. Y por la vez primera halló á María Luisa, de ordinario indiferente para las interioridades del hogar, con una indiferencia atávica, llorosa y pálida, echándole los brazos al cuello no bien penetró en el recibidor, cual si en el marido por tanto tiempo olvidado buscase el alivio de la súbita pena.

—Está muy malo, Mauricio; está muy malo... Se morirá...

No sabía qué responder. Aquellas manos que le estrechaban con un calor nunca sentido; aquella boca desfigurada por el llanto; aquellos ojos de su mujer, por lo común frívolos y ahora enturbiados por las lágrimas, acrecentaron su honda tristeza. Sentía gana de llorar; pero se acordó de la recomendación del médico, y más fuerte que el dolor, acalló con un gesto de esperanza la congoja de María Luisa.

—No, no morirá... Es el único...

Entró quedamente en la alcoba del niño. Luisín, con los ojos cerrados, dijérase que dormitaba, á no ser por el quejido intermitente que entreabría sus labios y la inquietud de su exangüe cuerpecillo, que á menudo moviase bajo las ropas. Junto á la cabecera del lecho estaba inmóvil la criada. A los pies, María Luisa, que se deslizara también en el cuarto, limpiábase con la punta del pañuelo una postrera lágrima. Y en el ambiente, sobre los muebles, seguía flotando la misma misteriosa penumbra, rasgada allá, en un rincón, por la luz incierta de la lamparilla de aceite que doña Romualda, con mano piadosa, encendiera en loor de la Virgen, por la salvación del pequeñito.

Luisín entreabrió los párpados, mirando silencioso á

su madre. Después, al descubrir á Villaescusa de pie á su lado, una inefable sonrisa dulcificó la palidez de su carita.

—¡Papá... papá!...

—¡Malo, nene!... ¿Pero estás malo?

Un leve movimiento de la cabeza rizada fué la única respuesta. Pero estalló luego el biquillo en un llanto callado y quejumbroso. Acentuábase el dolor. Rápidamente, Mauricio y María Luisa le cambiaron de posición en la cama, arropándole, y cesaron los gemidos.

—¿Te sientes mejor, verdad, muñeco? Ya te aliviarás. Mira: mañana, cuante te levantes, te llevaré á la imprenta, y verás las prensas que tanto te gustan, y te compraré un caballito, una mulita, un cochecito... ¿Pero me prometes no llorar, eh?

Luisín asintió sin decir palabra.

Antojósele más tarde á Mauricio abandonar la habitación. Oprimíanle el ánimo aquella luz, tan tenue y tan triste; el olor á cuarto cerrado que se percibía; el silencio pesado, abrumador, tan en contraste con el regocijo del niño cuando estaba sano. Pero á tiempo que se levantaba, sintió la opresión de la manecita ardorosa de fiebre que le retenía.

—No, no irse, papá...

—¿Quieres?—interrogó la dama—. Me quedaré yo mientras él vuelve...

—No; papá, papá...

Enmudeció. Comprendía que el afecto del niño era aun más grande por el padre que por ella misma, y aunque no era celosa, llegando á veces su indiferencia á la frialdad glacial, en aquella ocasión, en que sentía renacer su amor de madre, el amor que la hiciera tan idealmente dichosa en los primeros días de vida de Luisín, sintió grande opresión de ánimo.

Mas á pesar de todo, hubo de sentarse en la cabecera del lecho, del lado opuesto al en que lo hiciera su marido, esparciendo por el rostro del enfermo la caricia errabunda de sus manos.

Desde aquella mañana, Villaescusa no se separó del lado de éste. Lo había olvidado todo: obligaciones, pe-

riódico, deseos de trabajar. Una suprema angustia le oprimía; una angustia que daba á sus ojos miradas vagas de loco, que consumía más y más sus mejillas, secaba su boca. Veíasele, inmóvil, junto á la cama, mirando aterrizado cómo la muerte iba conquistando palmo á palmo aquel cuerpecillo tan débil. Los blondos rizos del niño, desparramados sobre la almohada, tornaban más tétrica su palidez; de su pecho agostado por el mal, brotaba una voz seca, áspera, semejante al silbido del cierzo, en invierno, por entre las ramas; sus manos, en un movimiento instintivo de dolor, cruzábanse, retorciábanse, y la respiración, corta, débil á ratos, acelerada, rauda á veces, contraía las delicadas facciones del rapaz, esbozando en ellas, tan infantiles, tan cándidas, un gesto sombrío.

Solitario en el cuarto, Villaescusa se entregaba á amargas cavilaciones. Habían dado las cinco de la tarde. Entraban por la ventana las grises radiaciones del crepúsculo, esparciendo un chisporroteo de luz en el ambiente. Allá, junto al rincón, ante la estampa de la Virgen de los Dolores, ardía la pequeña lámpara, con luz suave, que dibujaba una mancha rojiza en la blancura de la pared. ¡Y ni un rumor, ni el más leve ruido! Apenas si el rodar de un carruaje ó el estremecimiento de las hojas, en el jardín, apagaban un tanto el eterno quejido, quejido que el poeta sentía penetrar en su alma como punzadora espina; quejido torturador que era como terrible huracán que arrebatase para siempre sus últimas ilusiones, las ilusiones del otoño de la vida: su amor de padre, su devoción hacia el niño, hacia su niño, que era carne de su carne y sangre de su sangre. Miraba alternativamente el rostro exangüe de Luisín y el demacrado de la imagen que bañase dorada claridad. La idea de Dios, del que apenas si se acordara en su vida, invadía su ánimo. ¿Por qué hacer sufrir al chico? ¿Por qué, si Dios, el Dios clemente que creó el mal para castigar á los malos y el bien como premio de los justos, martirizaba á su niño, que no había hecho daño? Y su rebeldía, su rebeldía satánica, desbordábase en oleadas allá en su interior, transponiendo el límite de los labios,

convertida en blasfemia, en una callada y dolorosa blasfemia que sólo él escuchaba.

Iba á hacerse el vacío en su existencia. ¿Qué haría él sin su hijo, lo único que le quedaba para amar en el mundo, muerto ya el amor de la esposa y el amor del arte? ¿Qué haría, ¡santo Dios! sin aquel pedacito de carne sonrosada que ahora constituía la sola esperanza, la luz vívida que le guiaba en el mar del tiempo implacable?

—Papá... papacito... ¡Ay, papá!... ¡Ay, papacito!...

Volvió en sí, azorado, al escuchar la queja.

—¿Qué, mi nene? ¿Qué tienes? ¿qué tienes?

Y cubría de besos, á medida que hablaba, la nítida frente, y sus bigotes rubios, en los que brillaban con fulgor argentado las primeras canas, envolvían en una tierna caricia la faz ardorosa.

—¿Te duele menos? ¿Se ha calmado ya?... ¿Quieres que juguemos, eh? ¿quieres que juguemos? Te traeré tus caballos, tus coches, tus mulitas, todo, todo, y te divertirás con tu papá, con tu papá, que te quiere tanto, tanto, tanto...

Tuvo que hacer un enorme esfuerzo para que su voz no se transformara en sollozo, y á sus ojos, en los cuales posábase la mirada entonces risueña del chiquillo, no asomase una traicionera lágrima.

Fué al armario donde Luisín guardaba cuidadosamente cuanta chuchería cayese en sus manos. Pero entonces advirtió que reinaba la obscuridad, y no queriendo encender el foco eléctrico, fué en busca de un pequeño quinqué á la alcoba próxima. Avanzó á tientas. Un rayo de luz, filtrándose por las rendijas de la puerta que comunicaba con la sala, le sorprendió. ¡Había visita! Acercóse, columbrando allá, en el estrado, á su mujer y á su suegra, en amena charla con Enriqueta Marín, la recién casada.

—¿Has visto los nuevos modelos?

—En *El Puerto de Veracruz*, ayer...

—Son preciosos, ¿verdad?

—Y esa forma de campana, tan elegante, tan bonita... Te digo que son unos sombreros que...

Villaescusa huyó, helado.

A la suave claridad de la lamparilla llovieron los juguetes sobre las ropas de intensa blancura. Mirábales Luisín, inmóvil. Ahí estaba papá, poniendo en pie cerdos y caballos, muñecos de colorines vestidos, carretas minúsculas. Y no se conformaba tan sólo con alinearles, sino que imitaba con mucha gracia el gruñido de los primeros y el relinchar de los segundos, realizando el milagro de hacer discurrir á los muñecos con seriedad de personas mayores, lo que insinuaba una sonrisa en los labios del pequeñín.

—¿Te gusta, eh, pillo, te gusta?... ¿Por qué no te ríes? Anda, riete...

El médico les encontró en pleno holgorio. ¡Y no fué mala cara la que puso el hombre! Riñó severamente á Mauricio:

—¡Pero, chico! ¡Ponerse á jugar así con un enfermo delicado! ¡Y encender tanta luz! ¡Oh, apenas podía concebirse!

Cuando se marchó, la alcoba había recobrado ya su melancólico aspecto de antes, entristecido todavía más por la noche, por esa noche silenciosa y muda de los barrios aristocráticos.

Fué preciso velar al enfermo. A las ocho presentóse don Luis Zayas, dispuesto á hacerlo, como correspondía á abuelos bien nacidos. Su tristeza, sincera á pesar de todo, contrastaba con el tinte claro de su traje y con el clavel rojo que había olvidado quitar del ojal. Pero como la víspera corriera una juerga—una juerga fenomenal, de las que solía calificar con el nombre de *compensaciones*, refiriéndose á su vida anterior de trabajo y de lucha, transformada hoy en poltrón bienestar de burgués rico—, no le fué posible cumplir su deseo; á las diez retiráronse María Luisa y doña Luciana, con los párpados hinchados de sueño; y como el ex director de *El Siglo* comenzara á dar cabezadas, Villaescusa le mandó á acostarse.

—¡Pero, hijo, si te aseguro que no tengo sueño!

—Vaya usted, vaya usted... será mejor; me sustituirá por la mañana.

Sólo después de tal compromiso, tácitamente contraído por ambas partes, aceptó el abuelo de buen grado abandonar la estancia.

—¡Oh, los viejos, los viejos! No servimos para nada—murmuraba al cerrar la puerta.

Nuevamente quedó con su hijo, aislado en aquel rincón del palacete. Sentía el silencio. Dijérase que la casa se hallaba sumida en un sopor infinito. A través de los muros, Villaescusa creía escuchar la respiración pausada de los que dormían. De la calle en reposo llegaban hasta la alcoba los rumores de la noche: el silbato de los serenos; el viento invernal que hacía gemir, allá lejos, alguna ventana abierta; pasos mesurados de transeuntes; callejeras charlas cuyo susurro se desvanecía luego...

Arrellanóse en una butaca, un tanto apartado del lecho, junto al velador, sobre el cual ardía la lámpara á media luz. Sobre el armario colocó antes los pomos y cajas que guardaban las medicinas, la pequeña lamparilla de alcohol, el termómetro, todos los menudos aprestos, en suma, para luchar con el mal. De intento no quiso que criado alguno permaneciera ahí. Su amor de padre repugnaba la intervención de manos extrañas cerca del enfermo. Al principio quiso leer. ¡Vano deseo! El libro, ante él abierto, nada le decía: era letra muerta para su contristado ánimo. Cerróle al cabo y se entregó á su meditación pocas horas antes interrumpida, en la que asomaban las muecas trágicas del dolor y de la muerte. Cada media hora era necesario dar la cucharada á Luisín, y el poeta seguía con insistencia la marcha de las manecillas del reloj puesto á su lado, ávido de exactitud, como si de un minuto dependiese la salud del enfermo. Apenas si éste le habló. Abrumador sueño poseíale; un sueño agitado, inquieto, constantemente interrumpido por la queja. A las doce la calentura había aumentado á 39.5. Villaescusa tembló al observarlo así en el termómetro... Y pasó la noche, larga, muy larga... Hacia las seis asombróse Mauricio de que ni el más leve rayo de luz penetrase en la alcoba. Fué á la ventana; miró... En el cielo anubarrado desleíase una

claridad lívida. Comenzaba la llovizna á vestir de gris las calles.

Dos días después estaba perdida toda esperanza.

—Ten valor, amigo mío—murmuraba al oído del contristado padre el doctor Ruelas—. Hemos luchado hasta el fin. Pero el chico es una naturaleza agostada en flor... Además—añadió mirando el inmenso dombo plumizo—, ha recrudecido el invierno; nos falta el sol...

¡Ah! ¡El sol! ¡El sol! ¡Cuántas veces le llamó Villaescusa, con lágrimas en los ojos, oprimida el alma ante el desenlace inevitable!

Pero el sol no venía. Hallábase la calle adormida en brumosa penumbra, y en la habitación donde agonizaba Luisín apenas si entró en la mañana de aquel miércoles un rayito tenue, semejante á un mechón de los cabellos rubios que circuían la frente del rapazuelo. Villaescusa sintió renacer la esperanza, una loca esperanza de que el buen astro vivificador salvase al pequeño. Corrió al estudio, abriendo de par en par el balcón, para ver mejor, para bañarse en aquella luz, para sentirla juguetear sobre su cuerpo... Al extremo de la avenida, en efecto, á través de un desgarramiento del cielo, asomaba la cabellera roja, desmadejándose luego, tímidamente, sobre el asfalto mojado, sobre los arbolillos que aun chorreaban gotas, sobre los cristales de los chalets, que al recibir el hálito de la luz, despedían brilladores reflejos. Mas breve fué la tregua. Negras nubes avanzaban, amontonándose. La ventanilla por donde asomara el sol, cerróse presto, y la lluvia, una lluvia suave, fina, adormecedora, cantó su melancólica canción invernal sobre las hojas del jardín.

A las cinco de la tarde todos estaban rodeando el lecho: Villaescusa, que pálido y serio veía agonizar á su hijo, en la cabecera misma; María Luisa, arrodillada, gimoteando á ratos; los abuelos, que iban y venían por la estancia, aturdidos, sin saber qué hacer; el médico, amable y fino como de ordinario, fingiendo curar, aunque en el fondo hallábase convencido de la inutilidad del esfuerzo.

Luisín no veía ya; nada escuchaba. La intensidad

misma del dolor parecía haberle aletargado. Aftuera, percibiase la confusión de la servidumbre. Dentro reinaba un profundo, un angusto silencio. La lamparilla ardía.

De pronto, honda agitación secudió el cuerpo extendido del niño. Abrió los ojos, cuyo infantil brillo enturbiaba ya una sombra. Llevóse las manos al pecho; luego quedó inmóvil. Su respiración iba debilitándose lentamente, hasta quedar reducida á un leve soplo que apenas si alteraba la rigidez de los labios. Un estremecimiento, bajo las sábanas, hizo al poeta adivinarlo todo. Se inclinó, con angustiosa lentitud, depositando un beso de adoración en la frente helada ya, y sin decir palabra, livido, tembolorosa la barba, abandonó la estancia.

Su último amor había muerto.

Corrió hacia la calle; atravesó el jardín, desahogado, sin respiración casi. Experimentaba completa insensibilidad; su mirada turbia percibía los objetos como á través de sutil niebla; su garganta, seca, ardía. Imaginóse que alguien se obstinara en seguirle, y apretó el paso por la encharcada acera, temeroso, con miedo idéntico al que debe sentir el escapado de presidio, que en cada rostro se figura ver el de un gendarme y en cada barba blanca la de un juez. Hura, acelerado, sin aliento. Y los pasos seguían á sus espaldas, apremiados, ruidosos. Salió del barrio elegante, cruzó la línea de los ferrocarriles eléctricos; internóse luego en un laberinto de anchas calles á medio urbanizar, á campo traviesa, bajo la lluvia, tenaz, persistente, que poco á poco empapaba sus ropas. Al calor livido de la tarde, miraba sin ver los edificios medio construidos, salpicando de blanco y rojo, de un rojo fuerte de ladrillo, la inmensa llanura. En el horizonte destacábase una hilera de árboles raquíticos, semejantes á osamentas que elevasen al cielo, en un arranque de desesperación, los retorcidos brazos. En los hoyancos llenos de agua, canturreaban las ranas. De las misereras casucas de madera esparcidas aquí y allá, ascendía el humo que pronto barrería el aire helado y cortante. Y ni un susurro, ni el más leve rumor: tan sólo se escuchaba el interminable de la lluvia, que

envolvía en polvareda acnosa la extensión limitada en lonjananza por las montañas.

Villascusa no detenía la marcha. Allá iba, enlodado, sudoroso, con la espalda encorvada, los brazos colgantes, solitario, en la sombra que empezaba á descender pausadamente. Y ni una palabra, ni una idea, ni una queja, ni un sollozo le conmovían. Hasta la fatiga, común á los hombres en los duros trances, dijérase que había desaparecido. Creíase con el cerebro vacío, en un inmenso desierto gris, errante....

¿Cuánto tiempo anduvo así? Ni él mismo lo supo. Cuando instintivamente retornó á casa, atraído por el fulgor amarillento que salía de uno de los balcones, advirtió en derredor la muda inmovilidad propia de las altas horas nocturnas.

Por las puertas abiertas de la sala, escapaba sordo rumor de voces. Habíanse congregado ahí los íntimos de la casa, algunos de los redactores de *El Siglo* y la turba de parientes pobres que asaltan las mansiones santosas en días de duelo que les permiten colarse hasta el más escondido rincón, sin que nadie repare en ellos. Mauricio Villascusa sentía ansia infinita de soledad, el egoísmo de los grandes dolores, y pasó rando frente á la rica estancia. En uno de los rincones oscuros del corredor, una sombra se acercó á él, tendiéndole los brazos. Era Julio Eslava.

—¡Mauricio!

—¡Julio!

Y no dijeron más. Estrecháronse con efusión, encaminándose lentamente al estudio. Ahí, en la obscuridad, el novelista dió rienda suelta á los sollozos que le asfixiaban, en los brazos del viejo camarada compasivo.

En vano intentó Eslava consolarle. ¿Por qué desesperarse tanto? ¿Por qué considerar como un naufragio de la vida lo que era un simple, aunque doloroso accidente? Y le habló del amor, de la esperanza, del arte. Otros días mejores habrían de sonreírle. Quizás lograse despertar en el alma de la esposa la pasión dormida; quizás otra cabeceita rubia vendría á ocupar el sitio vacío, sobre su pecho....

—No, Julio, no. Todo está perdido para mí...

La vida era buena; la vida era bella. Tan feliz se considera el rico en medio de su oro, como el misero que entre las ruinas donde pasa la noche ve lucir la aurora. Y añadió, guardando entre las suyas la mano del que en tiempos pasados fuera poeta:

—Atraviesas ahora por un paréntesis de dolor... Resignate. ¿Acaso nunca has hecho tí sufrir á nadie? Más tarde vendrá la compensación. Confía y espera...

Ampos de claridad esplendían en la habitación su-mida en tinieblas. Y era grata para Mauricio aquella recordita intimidad con el amigo de juventud, con el alma gemela que sabía brindarle en su desdicha la ambrósia inefable del consuelo. Mas evocada por la frase de Eslava, se esbozó en su mente la remembranza del hada amorosa de su pasado.

—La hice sufrir, sí; pero ya ves. ¡Cuánto más desdichado he sido yo!...

Julio, pensativo, murmuró:

—Cierto. Ella te compadece...

En el corazón de Villascusa, envuelto en sombras, filtróse, con las palabras del compañero, un débil, un temblador rayo de luz.

—¿Sí?...

Despidiéronse al alba. Mauricio permaneció aún ahí, en el estudio. Por los cristales colábanse los primeros fulgores del alba, envolviendo en un pepló de claridad azulada y vaga á la Venus, que se erguia triunfal sobre la mesa. Cuando amaneció del todo, Mauricio abrió el balcón, ansioso de recibir en plena faz la caricia fresca. El cielo estaba limpio, como recién lavado por la lluvia. El, no obstante su honda tristeza, sentía dentro, muy dentro, el halago bienhechor de la esperanza, y de ello se extrañó. Aureos resplandores, hiriendo las puntas metálicas de los pararrayos, hicieronle pensar en su Luisín, que muriese por falta de sol, en un día nublado.

Horas más tarde, decidió entrar en la cámara mortuoria, impulsado por un invencible deseo de ver á su hijo con vestidura humana, á su hijo que, en la propia

imaginación, después de la muerte, tenía la indecisa vaguedad de un espíritu.

Ahí estaba, entre flores, vestido de blanco, con su trajeito de marinero, muy juntas las manos, cerrados los ojos, pálidas, de una palidez de cera, las mejillas, que nunca por cierto empujpuró savia de vida, y despartamados los rizos blondos sobre la almohada... Raudales de luz entraban por la ventana. Crepitaban los cirios. Un olor intenso de pétalos y de hojas flotaba en el ambiente...

Se arrodilló, recostando muy cerca de la de Luisín la cabeza de largas melenas, rendida por el cansancio. Hallábase solo con su niño, como ayer, como siempre. ¿Rezó? ¿Meditó?... El chirriar de la puerta hizole levantar la frente. Y vió entonces que una muchacha ajada, de rostro envejecido, que evocase de súbito en su memoria los esplendores de tiempos lejanos, acercábase al improvisado túmulo, con andar quieto, y ponía á los pies del cadáver una corona de rosas blancas...

Era Moni.